

jacobus yo llevaré á Su Señoría á la Alsacia \*, y ni bailio ni condestable se atreverá á ir tras él.

— Pero, la señora, ¡miserables! ¡la señora! exclamó Peveril, ¿qué ha sido de ella?

— Yo llevaré á Vuestra Señoría donde no le faltarán mugeres, si es lo que le falta, dijo el viejo triton; y, en tanto que hablaba, se renovaron los clamores de los barqueros, deseando cada uno sacar partido de la situación crítica en que Julian estaba.

— Un barquito será menos sospechoso para Vuestra Señoría, dijo un barquero.

— Una barca de dos remos os hará correr por el agua como un pato bravío, dijo otro.

— Pero no teneis *banne* \*, camaradas, exclamó un tercero, y mi barca tiene uno donde Su Señoría estará tan bien escondido como si estuviese al fondo de la cala en un navío de alto bordo.

En medio del ruido y los clamores, ocasio-

\* Lugar de refugio que aun existía por entonces en Londres. Véanse las *Aventuras de Nigel*. — ED.

\* Toldo de barco. — Eb.

nados por esta competencia, pues que cada barquero gustaba de asegurar este buen flete, logró por fin Peveril hacerse entender sobre que daría un jacobus no al que tuviese barca con mejores remos, sino al que le diera noticias de la dama que con él estaba.

— ¿Pero, ¿de qué dama habla vm.? le preguntó al fin un camastron, yo creo que habia dos.

— De las dos, respondió Peveril, pero lo primero, de la rubia.

— ¡Ah! replicó el mismo, ¿con qué es aquella que daba tantos gritos cuando el camarada del vestido bordado la hizo entrar en la barca número 20?

— ¡Qué! ¿cómo es eso? ¿quién tuvo el atrevimiento de hacerla entrar en una barca?

— Me parece que ya he dicho bastante á Vuestra Señoría sin haberme pagado, replicó el barquero.

— ¡Alma sórdida! dijo Peveril dándole una pieza de oro, habla pues, habla pronto ó te paso de una estocada.

— Cuanto á eso, sepa Vuestra Señoría que

no tengo miedo, mientras que yo pueda manejar este palo de vira. Pero el trato es trato; y así le digo que el camarada del vestido bordado ha forzado á una de sus dos señoras, la de los cabellos rubios, y la hizo entrar de buena ó mala voluntad en la barca de Tom Tickling, y ya hace mucho tiempo que suben el Támesis, porque bogan con viento y marea.

— ¡Dios Omnipotente! ¿y todavía estoy aquí yo?

— Porque Vuestra Señoría lo quiere; ¿por qué no tomar una barca?

— Tiene vm. razon, amigo, sí, una barca pronto, pronto una barca.

— Al instante, señor, venga vm. conmigo. ¡Ola! Tom, ayúdame; Su Señoría viene con nosotros.

Dijéronse una porcion de imprecaciones el candidato preferido por el parroquiano Peveril y sus rivales chasqueados; — el viejo triton concluyó con decirle, levantando la voz por encima de los demas, que Su Señoría caminaba derecho á la isla de los Engañados, porque el astuto Jacobo se habia burlado de él. Que

el número 20 habia ido hácia York Buildings.

— Déjale, dijo otro, llegará sin mucho trabajo á la isla de los Ahorcados; porque ya veo venir á uno que le excusará el viage por el Támesis, y le hará que aborde al puerto de las Ejecuciones.

En efecto, mientras que hablaba de este modo, se adelantaba hácia el borde del agua un alguacil acompañado de tres ó cuatro agentes con alabardas en hastas de madera parda, con que, por aquel tiempo, estaban armados los guardas de la tranquilidad pública, y al momento en que nuestro heroe trataba de poner el pie en la barca, le prendió al nombre del rey. Cualquier resistencia hubiera sido una temeridad y una locura, porque Julian estaba cercado por todas partes: desarmáronle pues, le llevaron delante del juez de paz mas cercano, para sufrir un interrogatorio y enviarle á la carcel.

El sabio magistrado ante quien se le hizo comparecer era de sana intencion, talento limitado y genio tímido. Antes que la conspiracion de los papistas esparciera la inquietud

por toda la Inglaterra, y con especialidad por la ciudad de Londres, el señor Maulstatute habia encontrado un placer no interrumpido, una satisfaccion tranquila en cumplir con franqueza y dignidad sus funciones de juez de paz, y habia gozado pacíficamente de todas las prerrogativas de su autoridad imponente. Pero el asesinato de sir Edmundbury Godfrey habia hecho en él una impresion indeleble, y no se sentaba en el tribunal de Temis sino poseido de temor, desde este memorable y funesto suceso.

Teniendo este magistrado una alta idea de la importancia de su empleo, y una opinion aun tal vez mas elevada de la de su persona, no veia ya desde este tiempo mas que cuerdas y puñales, y nunca salia de su casa sin una tropa de alguaciles, que formaba en cierto modo la guarnicion de ella, sin persuadirse de que le espiaba un papista disfrazado y con un puñal debajo de la capa. Llegó ademas el caso de decirse por lo bajo que el respetable señor Maulstatute creyó ver una mañana en la persona de su cocinera echando lumbres para encender fuego, un jesuita con una pistola. Pero

si alguno hubiera tenido gana de reir al saber esta equivocacion, deberia haberlo hecho muy por lo bajo, porque se hubiera visto expuesto á que le acusaran de fautor y partidario de la conspiracion. Ciertamente, por excesivos y ridiculos que fuesen los temores del buen juez, estaban tan de acuerdo con el clamor general y la fiebre nerviosa que padecian todos los buenos protestantes, que se miraba al señor Maulstatute como al hombre mas intrépido, y el mejor magistrado, cuando, con el miedo del puñal que su imaginacion le representaba siempre amenazándole, continuaba administrando justicia en el local destinado á sus sesiones privadas, y algunas veces tambien en el de las del trimestre, custodiado por un fuerte destacamento de milicia. Tal era el Salomon á cuya puerta llena de cerrojos vino á llamar con misterio el alguacil que habia preso á Julian, dándose á conocer por una seña.

Pero á pesar de esta seña oficial, no se abrió la puerta hasta que el escribiente, que hacia las funciones de portero, practicó un reconocimiento por una rejilla, porque, ¿quien era

capaz de asegurar que los papistas no lograran sorprender el secreto del alguacil, formar una patrulla supuesta é introducirse en la casa, só pretexto de traer un preso, para matar al digno magistrado? Se habian visto figurar en el relato de las conspiraciones de los papistas tramas no tan bien urdidas.

Verificado el reconocimiento, se quitaron las dos vueltas de la cerradura, se corrieron los cerrojos, se desenganchó la cadena y se abrió la puerta, pero nada mas que lo preciso para dejar entrar al alguacil y al preso, y se cerró sobre la marcha advirtiendo á los testigos, como gente que merecia menos confianza, que esperaran en el patio hasta que se los llamase por su orden.

Si Julian hubiera tenido humor para reir, de lo que distaba mucho, nó hubiera podido menos de hacerlo al contemplar el vestido del escribiente; habiase puesto por encima de la saca de bucaran negro un correon ancho de piel de búfalo que servia de biricú á una espada larga, y para enganchar en él dos pistolas de arzon que llevaba. Un sombrero de gorro

aplastado ocupaba el lugar del casquete que llevaban los aprendices de la ciudad y completaba entonces el uniforme de un escribiente; pero este se habia cubierto los cabellos mugrientos con un almete de hierro mohoso, que habiendo hecho su papel en la batalla de Marston-Moor, tenia en su parte superior, figurando un penacho, su pluma terrible, ya que por la forma del almete no podia ponérsela detras de la oreja, segun era costumbre.

Este personaje grotesco llevó al alguacil, sus auxiliares y preso á la sala donde administraba justicia el venerable majistrado, cuyo exterior era mucho mas extraordinario que el de su escribiente.

Ciertos buenos protestantes que tenian de sí mismos una opinion tan alta que se creian mas que otros, el objeto contra quien se dirigian los golpes de los parricidas católicos, se habian provisto de armas defensivas en esta ocasion. Pero reconocieron bien pronto que una armadura de acero á prueba de bala, ajustada con corchetes de hierro, nó era una envoltura

muy cómoda para el estómago de un hombre que gustaba de comer bien, y que una cota de malla ó aun de piel de búfalo impedía en la mesa los movimientos del cuerpo. Podíanse poner además otros reparos contra este uso, tales como el exterior amenazador, y la especie de señal de alarma que daba este vestido guerrero en la Bolsa y en otros parages donde se reunían los negociantes, dejando aparte las escoriaciones que resultaban y de que se resentían amargamente los que por no hacer parte de la milicia activa ni artillería, no estaban acostumbrados á llevar armadura defensiva.

Para obviar estos inconvenientes, y poner al mismo tiempo la persona de los buenos protestantes al abrigo de toda empresa de asesinato intentado por los católicos, habia imaginado cierto ingenioso artista, perteneciente sin duda á la respetable compañía de mercaderes buhoneros, una especie de armadura de la que no se ve hoy ninguna muestra ni en el arsenal de la torre de Londres, ni en la sala gótica de Gwynnap, ni en la preciosa coleccion de ar-

mas antiguas del doctor Meyrick \*. Llamábase armadura de seda, porque se componía de muchos tejidos dobles respunteados, unidos de tal modo y tan gruesos, que estaban á prueba de acero y de bala. Un gorro de la misma hechura, con caídas que cubrían las orejas, y se parecía mucho á un gorro de dormir, completaban el equipo, y hacían al que le tenía invulnerable desde la cabeza á las rodillas.

El señor Maulstatute, así como otros dignos ciudadanos, habia adoptado este singular atavío, ó armadura defensiva, que tenía la ventaja de ser tan suave y abrigada, como ligera y flexible. El señor Maulstatute era un hombre pequeño y redondo que, sentado en su poltrona, parecía tener almoadillas al rededor del cuerpo, en razon de los vestidos acolchados que llevaba como suplemento de precaucion. La nariz que le sobresalía por el casco de seda y la redondez de todo su individuo le hacían parecerse á la muestra del MARRANO ARMADO; semejanza que se hacia mas viva por el color jaro de su armadura defensiva, que imi-

\* Autor de un sabio tratado sobre las armas y armaduras.

taba el de los javalies de los bosques de Hampshire.

Contando el digno magistrado con su forro impenetrable, estaba sin ninguna inquietud, aunque no tenia á la mano su espada, su puñal y pistolas, que descansaban en una silla no lejos de su poltrona. Pero habia juzgado prudente dejar encima de la mesa un arma ofensiva que se veia figurar al lado de un enorme libro en folio de los comentarios de Coke sobre Littleton. Era una especie de manopla de faltriquera con un mango del fresno mas duro, de casi diez y ocho pulgadas de largo, á cuyo extremo estaba atado un garrote dos veces mas largo, pero ajustado al mango de modo que pudiese plejarse con facilidad. Este instrumento á que se dió por este tiempo el singular nombre de manopla protestante, podia esconderse fácilmente bajo de la casaca hasta que las circunstancias pidiesen mostrarle en público. Era otra precaucion contra toda sorpresa, y mejor que todas esas armas ofensivas y defensivas, una fuerte barandilla de hierro, á la altura del pecho que atravesaba toda la sala á dos pasos de

la mesa del juez y que separaba al magistrado del acusado.

Maulstatute tal cual acabamos de pintarle, quiso enterarse primero de las deposiciones de los testigos que de la defensa del acusado. Contóse brevemente el detalle de la disputa por algunos de los que la presenciaron, y al parecer hizo una profunda impresion en el ánimo del juez de la sumaria. Sacudió su gorro de seda cuando oyó que despues de algunas palabras que hubo entre los dos campeones, y que los testigos declararon no haber entendido bien, el preso habia dado el primer golpe y sacado la espada cuando la de su antagonista estaba todavia en la vaina; movió la cabeza de un modo mas particular cuando supo el resultado del combate, y se agitó enteramente su cuerpo cuando llegó á oír de boca de un testigo que, segun creia, el herido era de las gentes del duque de Buckingham.

— ¡Un respetable par! dijo el magistrado armado, ¡un verdadero protestante! ¡un amigo de su pais! ¡Dios se compadezca de nosotros! ¡Hasta qué exceso de audacia ha llegado

este siglo infeliz! Vemos muy bien y podíamos ver, aunque fuéramos ciegos, tan ciegos como un topo, de que ballesta salió esta flecha.

Púsose entonces las gafas, y habiendo dado orden para que Julian se adelantase, fijó en él la vista de un modo terrible, los ojos bajo los vidrios, cubiertos por el gorro perpunteado.

— ¡Tan joven y tan endurecido! exclamó él. ¡Ah! que es un papista, y lo digo yo.

Peveril habia tenido bastante tiempo para pensar en la necesidad de que le pusieran en libertad, si era posible, y creyó entonces debia desmentir cortesmente la suposicion caritativa del magistrado. — Yo no soy católico, le dijo él, yo soy miembro indigno de la iglesia anglicana.

— Tal vez es un protestante tibio, dijo el juez, porque hay muchos entre nosotros que hacen á paso lento el viaje hácia Roma, y que ya están á la mitad del camino. ¡Hem! ¡hem!

Peveril le aseguró que no era de este número.

— ¡Qué es vm. pues? le preguntó el magistrado; porque para hablarle con franqueza, su

fisonomía de vm. no me gusta. ¡Hem! ¡hem!

Estos accesos de fosecilla seca estaban acompañados de un movimiento de cabeza por el cual queria el juez dar á conocer que acababa de hacer sobre el negocio en que se ocupaba, la observacion mas sabia, la mas sutil é ingeniosa, que se podia poner en planta.

Julian, irritado por todas las circunstancias que habian precedido y acompañado su detencion, respondió en tono algo altanero á la pregunta del magistrado. — Mi nombre es Julian Peveril.

— ¡Dios nos ampare! exclamó el juez espantado; el hijo de ese malvado papista, de sir Geoffrey Peveril, de ese traidor que ahora está preso, y en vispera de que le juzguen.

— ¡Qué se atreve vm. á decir, caballero! exclamó Julian, olvidando la situacion en que se hallaba, moviendo la barandilla de hierro hasta cimbrearla.

Espantó al juez esta violencia de tal modo, que tomó su manopla protestante y sacudió un golpe hácia el preso para resistir contra lo que miraba él como un ataque premeditado. Pero

fuese por demasiada precipitacion , ó por falta de experiencia en el manejo de las armas , no le alcanzó , y los goznes de la manopla que jugaron , en razon de la fuerza del golpe que habia dado , hicieron se replegara la parte inferior con la superior , y vino á dar sobre el craneo del magistrado un golpe bastante fuerte para probar la solidez de su casco. A pesar de este preservativo quedó como aturdido por un instante , lo que atribuyó con demasiada precipitacion á un golpe que pensó le habia dado Peveril. Sus asistentes no confirmaron , á la verdad , la opinion formada tan fuera del caso , pero convinieron unánimes en que sin su intervencion pronta y activa , no seria facil saber el mal que hubiera podido hacer un hombre tan peligroso como el preso.

La opinion general de que tenia el designio de escaparse dando de golpes pareció entonces tan grabada en el ánimo de todos los espectadores , que Julian vió seria inutil tratar de defenderse. Por otra parte , conocia demasiado que las consecuencias alarmantes y probablemente fatales de su reencuentro ha-

rian inevitable que le mandasen á la carcel. Contentóse pues con preguntar donde querian enviarle ; y cuando se pronunció en respuesta la fatal palabra *Newgate* , tuvo á lo menos el consuelo de saber que por muy desagradable que pareciese tal habitacion , cubriria un mismo techo la cabeza de su padre y la suya , y que de un modo ú otro tendria tal vez la satisfaccion de verle : satisfaccion dolorosa , en medio de calamidades de toda especie que amenazaban á su familia.

Mostrando Julian mas paciencia de la que tenia , y no pudiendo lograr ni aun con un tono de suavidad que se le reconciliara el señor Maulstatute , dió al magistrado las señas de su casa posada , suplicándole permitiese á su criado Lance-Outram le trajera su ropa y dinero , añadió tambien que dejaba á disposicion del juzgado los demas efectos de su propiedad como sus armas , reducidas á un par de pistolas de camino , y sus papeles que solo eran notas de poca importancia. Acordóse entonces con mucha satisfaccion que los de la condesa de Derby estaban en poder del soberano.



Prometióle el juez tomar todo esto en consideracion, y añadió que, por su propio interés, debia haberse explicado antes con el tono de sumision y respeto que ahora, en vez de insultar la presencia de un magistrado, con modales que indicaban la malignidad, audacia, rebellion y asesinato de que estaban animados los papistas, y que sin embargo, como le reconocia por un muchacho de buen parecer, é hijo de una familia respetable, no queria fuese por las calles á pie y conducido como un miserable ratero, para lo cual le proporcionaria un coche.

Pronunció el señor Maulstatute la palabra coche con aquel tono de importancia propio de un hombre que, como dijo el doctor Johnson en una época mas próxima, conocia todo lo que vale el poder enganchar sus caballos á su coche.

Sin embargo, el digno magistrado no hizo á Julian el honor de mandar se le pusiera el pesado coche de familia con sus matalones flacos, que acostumbraban llevar el piadoso protestante á la capilla del puro y precioso señor

Howlaglass, para oír el jueves por la noche, una instruccion, y el domingo un sermonecito de cuatro horas. Se valió de un forlon de alquiler que, por este tiempo, eran de cuero, y aun raros, pues que acababan de inventarse, pero que prometian las mismas facilidades que los coches simones han prestado despues para toda clase de comunicacion inocente ó nociva, legal ó ilegal. Nuestro amigo Julian, mas acostumbrado á viajar á caballo que de cualquier otro modo, se vió bien pronto zambullido en uno de estos carruajes, acompañado de un alguacil y de dos guardas armados de pies á cabeza, siendo el punto donde debian depositarle, como ya dijimos, la antigua fortaleza de Newgate.